

LA INNOVACIÓN A NIVEL PERSONAL

Reforzar su capacidad de innovar es uno de los principales retos a los que se han de enfrentar nuestras empresas en un futuro próximo. Una organización sólo podrá ser innovadora si sus personas, al menos algunas de ellas - al menos una pequeña parte de ellas - lo son.

Hay tres aspectos o tres características personales o tres rasgos de carácter que identifican a las personas innovadoras: **anticipación, valor y perseverancia**.

Anticiparse a otras personas requiere, a su vez, de numerosas cualidades. En primer lugar hemos de tener un conocimiento profundo del terreno en el que nos movemos. Hemos de conocer el “estado del arte” en un ámbito determinado para, a partir de ahí, evolucionar e innovar. Ser capaces de discriminar entre tendencias reales que están naciendo y hechos fortuitos. Como dice Gary Hamel “hemos de ser capaces de ver el roble en la bellota”.

Tendremos que hallar nuevas respuestas a preguntas antiguas o formularnos preguntas nuevas. Relacionar conceptos, conocimientos y ámbitos que hasta ahora considerábamos “independientes” entre sí. Vamos viendo ejemplos a nuestro alrededor:

- Diseño de estructuras inspirado en esqueletos internos y externos de especies animales
- Gestión de equipos empresariales aplicando prácticas del mundo del deporte
- Redes de comunicación semejantes a las redes neuronales

Necesitaremos creatividad, sí, pero soportada por un conocimiento – formación y vivencias - sólido en la materia. Para ser un gran artista, primero hay que ser un gran artesano. Conocer bien el oficio. Conocimiento que – para complicarlo aún más - deberemos, a veces, poner en entredicho, cuestionarlo, trascenderlo, para así abrir nuevas vías. Llevar esto a cabo requiere **valor** para enfrentarse con uno mismo: el acomodo, la pereza, las incertidumbres,...

Además es necesario el **valor** para enfrentarnos a otros, pues las innovaciones suelen requerir que, además de nosotros, otras personas también cambien. Y a los seres humanos, en general, nos gusta poco cambiar. Somos resistentes al cambio. Nos agradan hasta cierto punto las novedades, pero siempre que no nos afecten seriamente. Nos sentimos más cómodos y relajados en entornos habituales, con personas familiares o en situaciones rutinarias que ante lo desconocido o incierto. Sólo aceptamos los grandes remedios cuando estamos padeciendo grandes males. A menudo preferimos resistir y quedarnos como estamos y mirar qué hacen otros, cómo les va. Y se nos hace tarde. Otras veces hacemos experimentos excesivamente pacatos, sin arriesgar. Sin perder. Sin ganar. Decía David Lloyd George “no tengas miedo de dar un gran paso si es lo indicado, un abismo no se puede salvar en dos pasos pequeños”.

Por todo ello quienes proponen los cambios suelen tener pocos adeptos y muchos adversarios al comienzo y hace falta **valor** y **perseverancia** para convencerlos.

Como innovar significa explorar nuevos caminos, es raro que, a la primera, encontremos el adecuado. Por ello también necesitamos **perseverancia** para probar una y otra vez hasta dar con él. Tomas A. Edison decía “encontré más de 1.000 maneras de cómo no funciona una bombilla hasta que di con la correcta”.

Mikel Ugalde. Director de EUSKALIT.